

RAÚL GUERRA GARRIDO

Premio Nacional de las Letras 2006

A. O.

Raúl entró a formar parte de esta familia de colaboradores de la revista OARSO hace más de treinta años, para ser exactos, en 1973, con el relato "El círculo vicioso" donde, con cierto sentido del humor, evidenciaba algunas claves de su quehacer literario. Todavía no había ganado el Nadal pero sí el "Ciudad de San Sebastián de Cuentos", en 1968, con el relato "Con tortura". Un año después publica la novela "Cacereño", con el tema de la inmigración en el País Vasco. Luego vendría el Premio Nadal con la novela "Lectura insólita de El Capital", y seguidamente, el Premio Novela Negra de la Ciudad de Gijón, con "Tantos inocentes", el Premio Ciudad de Oviedo, con la novela "¡Ay!", entre otros, y más de treinta novelas. Añadamos, cuatro obras de ensayo, entre ellas "Medicamentos Españoles", publicado por la editorial Dopesa, donde Raúl desarrolla sus conocimientos como doctor en farmacia que es.

"La Gran Vía es New York", más que una novela al uso, es un fresco literario a través del tiempo de esa arteria madrileña, que le valió el Premio de la Crítica, y el "Villa de Madrid" 2005; y que bien podría considerarse como un tributo a la ciudad donde, circunstancialmente, nació. Del mismo modo el espíritu que le hierve en sus novelas "El año del Wolfram", "El otoño siempre hiere" y "Viaje a una provincia interior" supone el reencuentro con la comarca de El Bierzo, en León, la tierra de sus ancestros, donde Raúl vuelve una y otra vez para buscar esa inspiración, ese estímulo necesario para desarrollar su labor creativa. Y el recuerdo de su abuelo, de un manuscrito de su abuelo que un fatídico día fue pasto de las llamas de un incendio provocado por alevosa mano y que a su nieto le inspiró, tiempo después, para escribir "El Cuaderno Secreto".

Raúl, afincado en San Sebastián, desde hace muchos años, donde prestó sus servicios como químico en los laboratorios de una prestigiosa empresa y después regentando su propia farmacia, hasta su jubilación, sorprende por su dilatada obra literaria.

En cuanto a Errenteria se refiere, además de su colaboración en OARSO, hay que añadir su par-

ticipación en el jurado del Concurso de Cuentos Villa de Errenteria que la Sociedad Ereintza Elkarte organiza anualmente.

El motivo hoy de este encuentro con Raúl se debe al hecho de haber sido distinguido con el Premio Nacional de las Letras 2006 y de haber publicado su novela "La soledad del ángel de la guarda". No se trata, sin embargo, de una entrevista a fondo, como hubiera sido de desear. No ha sido posible. Hablamos, no obstante, con Raúl y lo hacemos con esa familiaridad que da por sentado una amistad de muchos años y, además, la confianza creada por los encuentros habidos en esta revista OARSO. La conversación transcurre sosegada mientras tomamos un café. El premio recién recibido, por su extensa obra, es el asunto que nos mueve de primeras. Y en tal sentido va dirigida la pregunta, ¿qué supone para un escritor un premio de esta importancia?

R. G. G. – Los premios son de agradecer. Ya se sabe. Pero, el mejor premio, el más satisfactorio –puntualiza– son los lectores que siempre, inexplicablemente, he tenido.

A. O. – De cualquier modo, un premio, siempre es un estímulo. ¿No es así?

R. G. G. – Lo es, pero lo verdaderamente importante es el hecho de escribir. De escribir por esa necesidad de exorcizar los demonios que todo escritor lleva dentro. El mero hecho de desarrollar esta actividad, la de escribir, ya es, por sí mismo, un regalo.

Raúl es un hombre de carácter abierto, extrovertido, comunicativo, con sentido del humor, amigo de la buena mesa rodeado de amigos, así le he visto siempre que hemos participado en un festejo, en una celebración, en fin, sin embargo, cuando uno pretende entrar en su condición de escritor, se frena cautelosamente, mide sus palabras, y se muestra remiso. Esto de escribir –le oí comentar en cierta ocasión– es una labor de solitario ... –y esbozando una medio sonrisa, con evidente ironía, concluyó– hay que ser un poco masoquista para dedicarse a ello ¿no os parece? Es, quizá, por esta reserva suya con respecto a su

profesión de escritor, y que yo pretendo de algún modo resaltar, que se me hace labor ardua. A Raúl le conocemos desde mucho tiempo, también por sus novelas, claro está, pero siempre está el deseo de penetrar más en el alma del escritor, en el corazón de esa persona en que la soledad es el cimiento de su vocación. La intención ha sido la de sorprenderle, la de dejarle hablar. Pero su actitud, en cambio, ha sido la actitud de esperar la pregunta que yo no llevaba preparada. Así que la conversación divaga por campos baldíos hasta que surge el comentario sobre su primera novela, "Cacereño".

R. G. G. – Yo me sentía un "cacereño" cuando llegué aquí. Y de ese sentimiento salió, primeramente, un cuento, y, después, la novela. Además, era el momento. El escritor, ya se sabe, debe ceñirse a su tiempo para escapar de la frivolidad.

A. O. – Poco después comenzó tu colaboración en esta Revista.

R. G. G. – Fue unos años después. "Cacereño" se publicó en el 69 y mi primera colaboración en OARSO fue en el 73. Lo recuerdo bien. Estaban entonces, Boni Otegui, y su hermano, Pedro, Puri Gutiérrez, Ramón Múgica, Agustín Aguirre, Pelay Orozco, Agud Querol, Iñaki Linazasoro ... en fin, tantos que ya no están, y otros que, el encuentro, de vez en cuando, es verdaderamente placentero, como, Beatriz Monreal, Jaime Cobreros, Santiago Aizarna, Leibar, Gurruchaga, Arbelaiz, Ezequiel Seminario, Ugalde, Fermín Leizaola ... son los que me vienen al recuerdo en este instante. Qué buenos momentos en esas cenas previas a la preparación de la Revista. Aunque, por motivos obvios, me ha sido imposible acudir en estos últimos años. Por otra parte, OARSO me ha dado suerte. En OARSO publiqué, adelantados, capítulos de algunas de mis novelas que luego me fueron editadas. Rentería ha sido para mí un lugar cercano, asequible. Y en mi novela, "Cacereño", lo cito, ya que ha sido uno de los pueblos donde la industria más creció asimilando mayor mano de obra. Además, la familia de mi mujer es de Rentería.

A. O. – Así que, tú fuiste uno más de tantos trabajadores llegados.

R. G. G. – Así es. Sin embargo, no era mi intención entonces la de quedarme aquí. Disponía de una beca para ir a la Universidad de Berkely, en California. Pero ya me encontraba trabajando en los laboratorios de una empresa de Pasajes. Y empezaba a gustarme esto. Por una parte, San Sebastián me pareció una ciudad muy de pasear. Por otra, me atraía el carácter individualista del vasco y el espíritu de iniciativa y de solidaridad que se podía apreciar en el mundo empresarial,

que crecía en un proceso de industrialización verdaderamente interesante. Además, estaba este clima, con su bruma, sus lluvias, que en el fondo me agradan. Y, desde luego, la gastronomía.

A. O. – Y en este ambiente de brumas, lluvias, frío y gastronomía, fue surgiendo tu obra literaria. Después de "Cacereño", una larga lista.

R. G. G. – Sí, mis paisanos castellanos, ten en cuenta que toda mi familia es leonesa, concretamente de la zona de El Bierzo, me decían que les tenía olvidados, que no escribía nada sobre esa tierra de mis antepasados. Nada más lejos de mi intención. Y me puse a ello. Y así salió "Viaje a una provincia interior", "El año del Wolfram", "El otoño siempre hiere" y, tras un recorrido a pie de más de doscientos kilómetros, el libro de viajes "Castilla en canal". Pero he de decir, de todos modos, que, en mi vida, me he sentido cómodamente extranjero en los lugares donde he vivido. Es un sentimiento que me ha acompañado siempre. De chaval no me molestaba esta sensación, quizá por eso de que en las películas del Oeste el forastero se llevaba siempre a la chica. Pero, ya se sabe, con los años entra la añoranza y, en esa memoria, El Bierzo es una realidad inevitable.

A. O. – Dices de añoranza, memoria, de tiempo que pasa volando.

R. G. G. – Una realidad inexorable. Sí.

A. O. – Me viene a la memoria un artículo que escribiste para OARSO que lo titulabas "Los años pasan, pesan, pisan".

A Raúl le salta la risa espontáneamente.

R. G. G. – Sí, ya lo recuerdo. Pero lo que no recuerdo es en que año fue.

A. O. – Tampoco yo. Pero seguro que han pasado veinte años desde entonces.

R. G. G. – ¡Será posible!

A. O. – Ya lo voy a comprobar. Pero dejemos de momento el asunto de lado. (Porque ahora mismo está pasando demasiado el tiempo. Y tengo la sensación de que escaso fruto estoy sacando a esta entrevista, o como se la pueda llamar. No era mi intención hacerla. Habíamos pensado en otra persona. Pero su ausencia, por motivos profesionales, lo ha hecho imposible. Por otra parte, cuánto notamos la ausencia de Puri, que lo hacía de maravilla. De las veces que me he visto en este compromiso nunca me he sentido tan infortunado como en esta ocasión. Se hace tarde). También el mar está en tus novelas. En "La mar es mala mujer" está Pasajes. Te lo pregunto por lo que, para nosotros, supone de cercanía.

R. G. G. – Así es. De todas formas, en la novela también está mi experiencia de joven, enroldado en petroleros durante una temporada, en ese tiempo en que uno se ve movido por cierto espíritu de aventura. Y está Pasajes, desde luego, los amigos marineros, los bacaladeros. “La mar es mala mujer” es una novela con personajes muy de Pasajes. Sí. Después se hizo una película y una serie para la televisión. Me quedó un grato recuerdo del actor Agustín González, que también intervino en la película.

Pienso que ya no puedo entretener por más tiempo a Raúl. Pero algo habría que decirse de su novela recién publicada “La soledad del ángel de la guarda”. Y le pregunto.

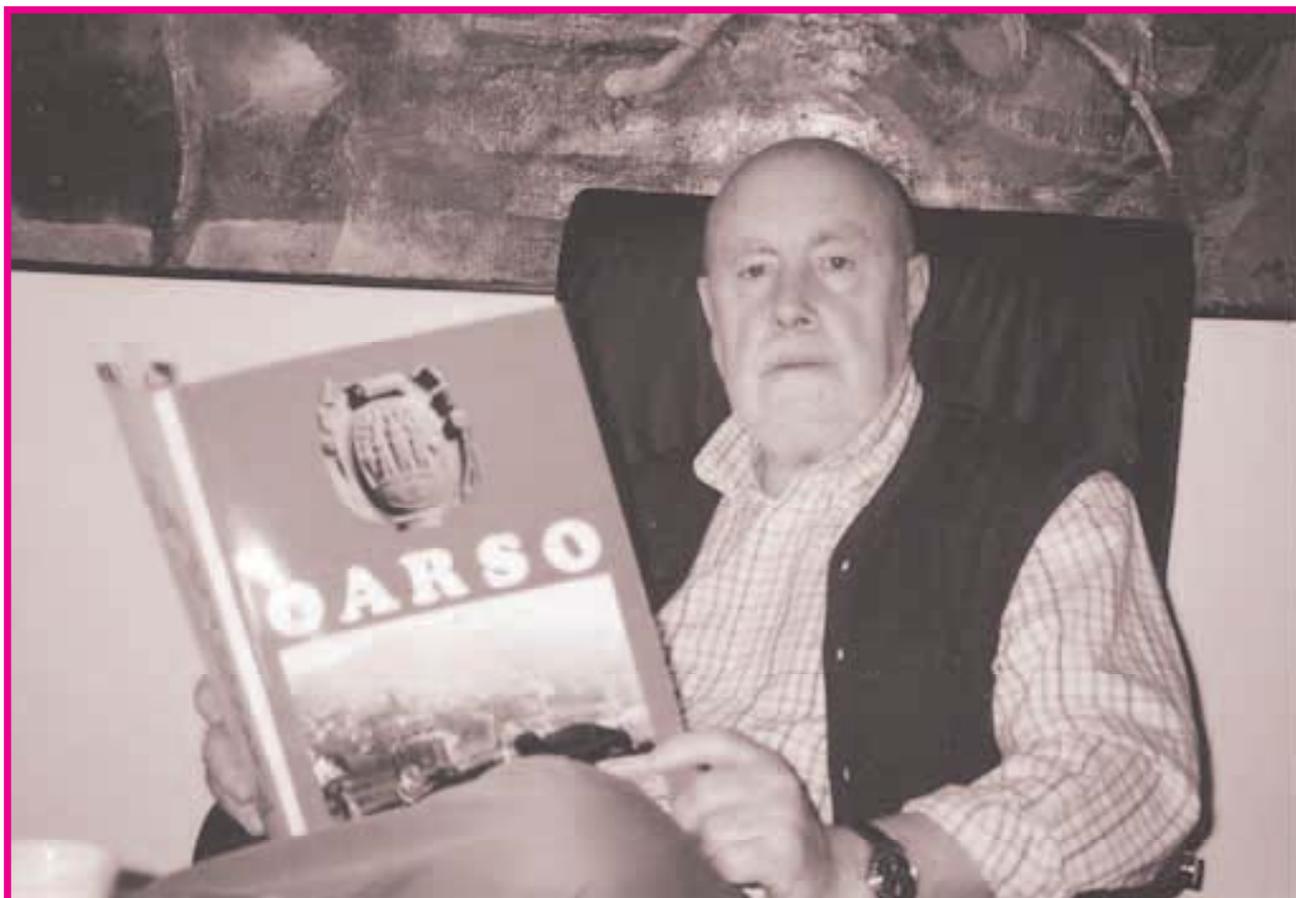
A. O. – ¿Puede ser posible que “La soledad del ángel de la guarda” sea llevada al cine?

Raúl me mira pensativo. Quizá se lo está imaginando. Son muchos los ángeles de la guarda que el cine nos ha dado a lo largo de su historia; ángeles con alas y sin alas, ángeles protectores, ángeles guardaespaldas en definitiva. Es de lo que trata su novela, de ese escolta que se ve necesitado un

viejo profesor amenazado de muerte. Necesitado de un ángel, un ángel que es también un hombre, y que, como todo hombre, tiene sus virtudes y sus defectos. También, como todo hombre, tiene sus dudas, su miedo, su angustia, su inseguridad y ... su soledad. Trata la historia de esa paranoia que supone ser escudo humano. De todo esto trata la novela. De la confesión despiadada de un ángel que arriesga su vida en esa difícil misión que el Testigo le ha encomendado de proteger la vida de un hombre amenazado.

Y concluimos este encuentro a modo de entrevista con Raúl. Algo que, claro está, había que hacer, pues era obligado reflejar en OARSO este evento del Premio Nacional de las Letras 2006 con que ha sido galardonado uno de nuestros veteranos colaboradores.

Nota: con respecto al artículo antes mencionado, “Los años pasan, pesan, pisan”, el año de su publicación corresponde al OARSO de 1981. ¡Ha pasado tiempo!



A.O.